

La crisis mundial de los alimentos. Causas, consecuencias y posibles soluciones

Diálogo entre Andoni García y Jaime Lillo

La isla japonesa de Hokkaido acogió, entre el 7 y el 9 de julio, la última cumbre del G-8. Los líderes de los países más ricos abordaron, entre otros temas, la crisis mundial de los alimentos. Antes, la cumbre de junio de la FAO giró en torno al mismo asunto. En esa cita, el secretario general de la ONU, Ban Ki-Moon, afirmó la necesidad de duplicar la producción alimentaria para 2030. Sin embargo, muchas organizaciones civiles insisten en que hay suficiente comida para alimentar a todo el planeta, y en que la solución a la crisis pasa por un cambio del modelo de agricultura industrial y por la recuperación del concepto de soberanía alimentaria. ¿Cuál es la receta para salir de la actual situación? ¿Qué ha motivado el alza de los precios de los alimentos? ¿Qué papel juega la PAC europea? ¿Qué soluciones se vislumbran para evitar otras crisis en el futuro? Desde diferentes perspectivas, Jaime Lillo, subdirector de la Secretaría General de Medio Rural del Ministerio de Agricultura, y Andoni García, agricultor y miembro de la Ejecutiva del sindicato agrario COAG y de Vía Campesina, debaten acerca de las causas de la crisis y proponen diferentes vías para paliar sus consecuencias.

Mónica Lara: En el último año, los precios globales de alimentos como el maíz, el trigo, el aceite, el arroz o el azúcar se han duplicado, provocando hambrunas y protestas en muchos países. ¿A qué se debe este encarecimiento?

Andoni García: Las causas vienen motivadas por lo que está significando el desmantelamiento de las políticas públicas sobre la agricultura y la alimentación. Se está permitiendo, a través de la liberalización del comercio, que haya una especulación directa sobre los alimentos. Cuando el Deutsche Bank dice a sus clientes que inviertan en la bolsa de Nueva York en el mercado de futuros de los cereales, significa que existe una especulación, y que

Mónica Lara del Vigo es periodista y máster en Relaciones Internacionales

alguien está almacenando de forma privada alimentos básicos en todo el mundo. Eso provoca la subida de los precios.

Jaime Lillo: Además de lo que has señalado y de la incidencia de las políticas, todos los estudios del Banco Mundial (BM) y la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) coinciden al enumerar las causas de la crisis. Donde no se ponen de acuerdo es en cuánto pesa cada una. Es evidente que hay un incremento de la demanda por un aumento de la población y, sobre todo, por unos cambios en las pautas de consumo de los países en vías de desarrollo, que han pasado a demandar más carne, más cereales y más productos de alimentación animal. Esto ha coincidido con un par de malos años climatológicos en muchas regiones productoras; sea una consecuencia del cambio climático o no, el hecho es que ha habido malas cosechas. A ello hay que sumar la subida de los precios del petróleo, que ha incrementado mucho los insumos de la agricultura. Al mismo tiempo, ha habido una crisis en los mercados financieros y un exceso de liquidez que se ha refugiado en los mercados de materias primas, fomentando probablemente una tendencia alcista en los precios. Es decir, se ha dado una confluencia de factores. En mi opinión, el incremento de la demanda, principalmente de China e India, y el aumento de los precios del petróleo son los dos factores que más han pesado en esta crisis. Respecto a los biocombustibles, los estudios no se ponen de acuerdo en su incidencia.

A. G.: No coincido con algunas cuestiones. Creo que se está destruyendo la agricultura familiar y campesina en todo el mundo, también en Europa, y que se está impulsando un tipo de agricultura industrial dirigida a la especulación, a los mercados. Este modelo ignora que la agricultura es un elemento básico para la alimentación humana. Cuando se analizan las demandas de China e India, no hay datos contundentes que apunten a que éste es el motivo del alza de los precios, sobre todo porque incluso China está exportando cereales. Los cambios en la demanda no justifican la crisis alimentaria. Los agrocombustibles, especialmente los que produce EEUU, sí están afectando. La crisis del petróleo también. Una cosa está clara: la agricultura familiar es la que mejor garantiza las cantidades en la producción.

J. L.: Puedo compartir que la agricultura familiar es un modelo a seguir, pero la situación actual es, en términos globales, de oferta y demanda. Otra cosa es cómo produces y dónde te abasteces, que es parte de la solución. Pero, al leer los datos del Consejo Internacional de Cereales, compruebas que la demanda crece más que la oferta, y que los excedentes se han ido reduciendo. Eso ha dado una tensión al mercado, a la que se ha añadido la parte del petróleo, las noticias de los biocombustibles, el exceso de liquidez en los mercados financieros... No hay acuerdo en torno a cuánto pesa cada cosa, pero lo cierto es que nadie había previsto esta explosión de precios. Independientemente de cuál sea el modelo, si queremos que las causas del hambre sigan siendo otras distintas a la escasez, hay que aumentar la producción agraria.

M. L.: ¿Qué papel juegan exactamente los agrocombustibles en el alza de los precios? Bruselas rechaza que su fomento esté repercutiendo en la escasez y en el consiguiente encarecimiento, pero organizaciones ecologistas de todo el mundo sostienen lo contrario. ¿Hay que apostar por los agrocombustibles o no?

J. L.: Por un lado está el problema de la crisis alimentaria y el peso que pueda tener en ella la promoción de biocombustibles. En este aspecto, hay mucha diferencia entre EEUU y Brasil, que son los principales productores de biocombustibles (fundamentalmente etanol a partir del maíz y la caña de azúcar), y la Unión Europea, donde prácticamente es insignificante lo que se destina a biocombustibles. Pero, al mismo tiempo, existe un reto: las consecuencias del cambio climático y del calentamiento del planeta. Europa, además, sufre una fuerte dependencia energética y ha asumido un compromiso de fomentar las energías renovables, entre ellas los biocombustibles. Tanto el Consejo Europeo como la Comisión inciden en que estamos en una fase de investigación y desarrollo para que los agrocombustibles sean de segunda generación y no compitan con la alimentación. Ahí se está abriendo una ventana de oportunidades a la agricultura y a la gestión de los recursos naturales. Lo primero es alimentar a la población, pero existen posibilidades que es oportuno explorar para desarrollar energías alternativas que respondan al cambio climático.

M. L.: ¿Son entonces una solución para luchar contra el cambio climático, fomentar las energías renovables y contrarrestar la dependencia energética del petróleo?

J. L.: Sí, siempre y cuando hablemos de biocombustibles de segunda generación, que no se produzcan a partir de materias primas que puedan destinarse a la alimentación. El interés reside principalmente en utilizar materia orgánica que hoy en día se desaprovecha, desde masa forestal de la limpieza de los bosques o de las podas, hasta subproductos urbanos. Eso se está investigando y no hay que cerrar la puerta.

M. L.: ¿Pero tienen los agrocombustibles un peso en el alza de los precios?

A. G.: Sí. Una Europa dependiente de las importaciones de soja y maíz ha generado un incremento de precios para la alimentación animal. La Unión Europea tiene acuerdos con EEUU que todavía le impiden desarrollar ciertos cultivos y le obligan a importar determinados productos. En este sentido, Europa es dependiente. Y es ilógico cómo se ha planteado el tema de los biocombustibles en el ámbito europeo. Bien, ahora hablamos de biocombustibles de segunda generación, pero la propia Europa decidió que un tanto por ciento importante de energías alternativas procediera de ellos, y no se preguntó si iban a sustituir o no la agricultura para la alimentación. Esto, en un principio, no se planteó. Se está debatiendo ahora debido a la crisis alimentaria.

Los biocombustibles no son una alternativa. El modelo que se impulsa con ellos lleva a la agricultura industrial, y no a una producción sostenible. Incluso es cuestionable su balance energético. Además, son los sustitutos de la agricultura familiar y los agricultores. Si con ellos se persiguiera un modelo sostenible, con un balance energético positivo, y no fueran sustitutivos de la alimentación humana, sí serían una vía, pero esto no es lo que se está haciendo.

J. L.: Es que hoy en Europa apenas se están produciendo biocombustibles. Toda la agricultura española y europea tiene una alta exigencia de sostenibilidad. No se está pensando en cambiar el modelo de agricultura, simplemente constituyen una vía más a explorar. La tecnología actual nos ofrece esas posibilidades, hay otros que las están investigando y Europa quiere que sean una herramienta más en su lucha contra el cambio climático. *A priori*, esto es un objetivo legítimo y defendible, aunque estoy de acuerdo en que deben cumplirse unos requisitos de eficiencia energética, de sostenibilidad, incluso criterios sociales. No es un "sí" a cualquier precio, pero sería erróneo cerrar la puerta a los biocombustibles en la coyuntura actual.

M. L.: **¿Supone un peligro utilizar para su producción tierras que podrían ser destinadas a los cultivos tradicionales?**

J. L.: Eso se discutió intensamente en la cumbre de la FAO. Cada uno defiende lo suyo. Los brasileños alegan que los agrocombustibles son una alternativa, y la FAO también los considera una oportunidad para los productores de los países en vías de desarrollo. EEUU ha dedicado buena parte de su maíz a la producción de biocombustibles, pero sigue exportando la misma cantidad, es decir, no ha quitado cereales del mercado internacional sino que ha aumentado sus producciones. Claro que tienen consecuencias sobre el mercado de alimentos, pero ¿muchas o pocas? ¿Son la causa de la crisis alimentaria? Además, cada país tiene legitimidad para defender su modelo y Brasil es muy beligerante en eso. Lo defiende precisamente como una solución a la pobreza rural. Europa, en cambio, no quiere que los agrocombustibles compitan con los alimentos y busca vías alternativas.

A. G.: Vía Campesina tiene presencia en todos los continentes. En Brasil, nuestros campesinos claramente dicen que los biocombustibles están agrediendo a la agricultura y que no suponen ninguna oportunidad. Y Europa no está al margen de lo que se haga en EEUU y Brasil. No puede mirar hacia otro lado porque es actora principal y, en muchos casos, causante directa de lo que está pasando.

M. L.: **¿Qué consecuencias puede tener la crisis alimentaria mundial en términos sociales, económicos y políticos? ¿Cuál va a ser la evolución?**

A. G.: No hace falta pensar en lo que va a pasar, sino en lo que ya está pasando. Ahí están los informes de la FAO y de la ONU, la crisis alimentaria es una realidad y hay más bolsas de hambre en el mundo. Si las causas no se abordan, lo previsible es que vayamos a situaciones peores. En la última cumbre de la FAO no se discutió que todas esas políticas de liberalización y globalización, que ponen la agricultura y la alimentación en manos de cuatro multinacionales y de los intereses de la agroexportación, destruyen un modelo de agricultura campesino. La agricultura, como elemento de la alimentación, no puede ser objeto de especulación, sino algo a proteger desde un planteamiento muy claro: que los países tengan capacidad de desarrollar una agricultura que les sirva para alimentarse. No puede ser que a los más pobres se les genere una dependencia total del exterior o que se les obligue a producir para los ricos. A los países menos desarrollados, que ya tenían problemas de hambre, se les ha impuesto que su agricultura se destine a la exportación, no se les ha ayudado a desarrollar un modelo agrícola propio para su alimentación.

J. L.: Sí, hay unas consecuencias inmediatas y son evidentes. Hay un incremento de los precios de los alimentos y eso significa que las poblaciones más vulnerables, aquéllas que gastan más proporción de su renta en alimentación, sufrirán mucho más. Los países en vías de desarrollo van a tener dificultades en el acceso a los alimentos, con lo que eso supone también de inestabilidad política. Ante esa situación ha habido una primera respuesta de solidaridad en el ámbito de la ayuda humanitaria. En la cumbre de la FAO, los gobiernos hicieron aportaciones; ésta fue la reacción inmediata, pero a medio y largo plazo la agricultura, además, volverá a contar en las preocupaciones de la sociedad y, consecuentemente, en el panorama político internacional. La ayuda al desarrollo había dejado de lado al sector agrario y ahora volverá a canalizarse hacia él. Todo el mundo está revisando su agricultura bajo el supuesto de que hay que producir más. Es decir, la agricultura recupera su carácter estratégico. Es un sector que no se puede dejar a las libres fuerzas del mercado porque se trata de un producto de primera necesidad.

M. L.: **¿Es cierto que a raíz de esta crisis la agricultura está entrando más en la agenda política?**

A. G.: Sí, porque hay gobiernos a los que les puede desbordar esta situación. Pero Europa no se está replanteando qué política agraria tiene porque aquí la crisis alimentaria no ha generado una situación de hambre. Hoy por hoy, la Comisión mira hacia otro lado y no se plantea la cuestión. Si la receta es volver a impulsar las negociaciones de la OMC, no se abordará el fondo del problema. Si la forma de atajar la crisis es impulsar y apoyar a grandes empresas de la biotecnología y de los transgénicos, habrá problemas mayores.

M. L.: **¿Cuáles son entonces las soluciones? ¿Hay que aumentar la producción de alimentos, tal y como sugirió Bang Ki-Moon en la cumbre de la FAO? ¿O debe impul-**

sarse otro modelo de agricultura a escala planetaria, ya que, como defienden Vía Campesina y otras organizaciones, el planeta dispone de alimentos para toda la población?

J. L.: Todos los informes, que estudian el incremento de la población y la demanda, así como los cambios de tendencia en el consumo, señalan que hay que producir más. Yo comparto esa opinión. Habrá que producir más, se puede producir más y creo que la agricultura tiene capacidad de reaccionar. No es un mensaje catastrofista, simplemente hay que poner los medios para ello. También coincido en que no basta con aumentar la producción. Hasta ahora ha habido alimentos suficientes en el mundo y el número de hambrientos no ha descendido. Pero si a los problemas actuales de distribución y de concentración empresarial les sumamos una escasez de alimentos la situación se agravaría. El primer paso es producir más, aunque también deben desarrollarse políticas agrarias, sobre todo en los países en vías de desarrollo.

En cuanto al modelo de producir para exportar, al que antes hacía referencia, el caso de Haití es paradigmático. Era un país autosuficiente, que con unas políticas proteccionistas podía alimentar a su población. A raíz de un acuerdo de libre comercio y de un contexto de precios baratos empezó a producir para exportar y a comprar cereales a bajo precio. Cuando la situación del mercado cambió, llegó el desabastecimiento. Esto puede preverse y creo que es el momento de desarrollar unas políticas agrarias que permitan cierto abastecimiento regional y cierta seguridad alimentaria.

A. G.: Hay un problema de acceso a los recursos, ésa es una de las raíces del problema. Con el aumento de la población mundial, habrá que pensar en producir más en el futuro, pero si ese incremento no va a destinarse a cubrir las necesidades de alimentación sino a responder a los mercados y a un tipo de economía donde la agricultura forme parte de la especulación, no se abordará el problema. La receta y la clave no están en el aumento de la producción, sino en el acceso a los recursos y en posibilitar nuevas políticas agrarias en las que se retome que la agricultura es un elemento básico.

M. L.: Habláis de la necesidad de desarrollar nuevas políticas agrarias. ¿Cómo tendrían que ser esas políticas?

J. L.: Depende. ¿Dónde? Las políticas agrarias tienen que adaptarse a las situaciones concretas, pero lo cierto es que debe haber cierta protección en la agricultura. Recientemente estuve en un seminario en Marruecos sobre cómo dar una respuesta a la crisis desarrollando una política agraria en todo el Magreb. Para impulsar las producciones locales y mantener un tejido rural estable se necesita una estabilidad de precios y no una

mayor volatilidad, que es a lo que avanzamos. Eso requiere una intervención de las administraciones públicas o de organizaciones agrarias, una matización de los resultados de las fuerzas del mercado. No creo que el mercado sea malo; hay que corregirlo, no eliminarlo. Hay que seguir sus señales en cierta medida, pero también prever unas redes de seguridad que permitan desarrollar las producciones y orientarlas a un abastecimiento de la población. En el Magreb llevan años desarrollando una agricultura intensiva para la exportación con una profunda dependencia en cereales y en ganadería, que es lo que come su población. Ésa no es la solución, tiene que haber un equilibrio. La primera preocupación de los gobiernos debe ser alimentar a su población, y eso tiene que ver también con tener ingresos y poder comprar alimentos fuera, pero hay que tener una estructura productiva básica que, ante una situación de explosión de precios, posibilite al sistema productivo reaccionar.

M. L.: Vía Campesina defiende la soberanía alimentaria como modelo a seguir. ¿En qué consiste? ¿Es compatible con la globalización y las políticas de libre mercado?

A. G.: Tanto Vía Campesina como COAG defienden el planteamiento de soberanía alimentaria alternativo a la globalización. La alimentación y la agricultura no pueden ser objeto de negociación mercantil, porque son un derecho humano. No se trata de anular los mercados, ni mucho menos, porque éstos no son sólo mundiales, también son locales. La soberanía alimentaria responde a otro tipo de modelo de desarrollo diferente al que se está haciendo. Consiste en posibilitar que los países recuperen su capacidad de hacer políticas agrarias y alimentarias, y con ello generen una economía desde lo local, y no dependiente de la agroexportación. Es evidente que el modelo de la globalización ya está mostrando sus consecuencias, y la crisis alimentaria es una de ellas.

La soberanía alimentaria no sólo es aplicable a los países más pobres, también a Europa y EEUU, porque mientras Europa se plantea que su alimentación tiene que producirse fuera, alguien la tendrá que producir, y ese alguien estará renunciando a producir la suya. En este momento, la política agrícola común de la UE (PAC) supone el desmantelamiento de la política agraria en sí misma a favor de la OMC, y Europa está perdiendo los conceptos de soberanía alimentaria y seguridad de abastecimiento. En el plano europeo y español, la soberanía alimentaria significa impulsar unas políticas agrarias que protejan e impulsen un modelo de agricultura familiar que responda a los mercados más cercanos. El tipo de agricultura hacia el que vamos no está hecho para el consumidor más cercano, sino para especular allí donde se pueda, y para que se produzca en cualquier parte del planeta sin tener que respetar la naturaleza, el medio ambiente o los derechos humanos.

Hay países que ya están perdiendo su seguridad alimentaria y de abastecimiento. No sólo Haití, también México con el maíz, Indonesia con la soja... Con las políticas de libera-

lización, los Estados empiezan a depender de determinados modelos industriales que no garantizan las necesidades de alimentos locales. Antes has hablado de Marruecos, cuyo rey es un gran propietario de tierras. Hace cinco años su Gobierno puso a disposición de empresarios holandeses y españoles tierras marroquíes para cultivar. No las cedía para que sus agricultores produjeran, ni mucho menos pensando en sus mercados y necesidades; se trataba de producir para exportar. Esa producción que obtienen empresarios europeos en Marruecos, a saber con qué mano de obra y con qué derechos, son las importaciones de productos que después entran aquí.

Existen dos modelos de desarrollo. En su Constitución, Mali ha situado la soberanía alimentaria como elemento clave de su desarrollo. Su agricultura es para sus necesidades de consumo. Y nadie anula que haya exportación. En Senegal, nuestros compañeros de Vía Campesina nos hablan del impacto de una agricultura industrial que está sustituyendo a los pocos agricultores que había, convirtiéndolos en trabajadores mal pagados que acabarán marchándose si no consiguen mantener su actividad.

J. L.: Lo que has dicho es muy gráfico. Al final, cada Gobierno es soberano para tomar sus decisiones. Has puesto varios ejemplos. Hay gobiernos democráticos que se ocupan de su población y otros que sólo se ocupan de sus ricos, pero eso es un drama que sobrepasa este debate. Hoy por hoy jugamos en un tablero de juego donde los representantes de los distintos pueblos del mundo son los gobiernos.

La agricultura estuvo excluida de las negociaciones agrarias durante mucho tiempo (prácticamente, a partir de la Ronda Uruguay ha comenzado a incorporarse). Hubo una fuerte crítica hace años que consistía en decir que la causa de la pobreza y del hambre eran las políticas agrarias de los países del Norte. Ésa ha sido una de las motivaciones que ha propiciado que la agricultura se inserte en la agenda del comercio internacional y de la OMC. Hoy, al leer los documentos de la actual ronda para el desarrollo se ve que los que se disciplinan son, principalmente, la Unión Europea y EEUU, que están plagados de concesiones a los países en desarrollo. Con todo esto quiero decir que la globalización está ahí, para todos los sectores, y ha habido un llamamiento a que la agricultura no se quede excluida. Pero creo que este sector siempre va a tener un hecho diferencial con cualquier otra actividad económica, porque en este caso hablamos de alimentos de primera necesidad.

Europa ha mantenido tradicionalmente una política agraria fuerte basada en un modelo de agricultura familiar que ha habido que revisar por el contexto. Es legítimo que los países de fuera digan: "Si ustedes me están vendiendo sus servicios de telefonía, sus bancos están aquí y sus empresas también, yo, país en desarrollo, que produzco alimentos, quiero exportárselos a sus mercados, que son los que mejor me los retribuyen". La respuesta ha sido: "De acuerdo, incorporamos la agricultura". La OMC, a la que a menudo se acusa como la

causante de todos los males, es la única institución que disciplina a las grandes potencias. Recientemente Burkina Faso ganó a EEUU un *panel* que le obliga a reformar su política sobre el algodón. Si no existiese la OMC, sería imposible que un país como Burkina Faso condicionara una reforma en el sector agrario estadounidense del algodón. No soy un fan de la OMC, pero tampoco se puede decir que es el origen de todos los males.

Estamos en un contexto de globalización económica y la PAC tiene que adaptarse. Europa ofrece acceso libre a los países menos avanzados en todos sus productos menos las armas, y tiene un sistema de preferencias generalizadas donde claramente los países en desarrollo tienen más facilidades de acceso al mercado europeo. Verdaderamente se preocupa de garantizar una renta a los agricultores y de que se mantenga la actividad agraria, pero todo dentro del contexto internacional. Y cada vez con unas exigencias mayores para que los productos cumplan con requisitos medioambientales, de conservación de los recursos y de biodiversidad. Hay que adaptar sucesivamente la PAC, pero no es cierto que se esté desmantelando el presupuesto agrario, que hasta 2013 está garantizado. En este proceso de adaptación al contexto internacional, y de buscar fórmulas que garanticen un abastecimiento y un tejido agrario y rural vivo, que es lo que pretende la agricultura europea, hay dificultades. Pero Europa ha apostado por no estar en el mercado internacional de *commodities* como EEUU. A cambio ha apostado por productos de alto valor añadido, de calidad, con denominación de origen, más apegados a su territorio, más enfocados a la demanda de los ciudadanos europeos.

M. L.: Insisto. ¿Es la soberanía alimentaria el modelo a seguir? ¿Es compatible con la globalización?

J. L.: Como consumidor, me gusta llegar a la frutería y poder comprar un mango o tomar café y té. La soberanía alimentaria me parece un concepto muy importante, pero no soy fundamentalista de nada. No puedes pensar que vas a comer de lo que tienes alrededor exclusivamente. Tiene una racionalidad económica y medioambiental abastecerte de los recursos naturales que hay en una región próxima, pero eso no excluye que haya un comercio mundial de alimentos que beneficia a todos. En el equilibrio, está la virtud. No puede ser que los países se dediquen sólo a la exportación y no cubran sus necesidades de abastecimiento local, pero con la exportación generan unas divisas. España lo ha hecho en su proceso de modernización de la agricultura con la exportación de frutas y hortalizas y fue una fuente de divisas para el país. Debe haber un concierto entre un abastecimiento local y regional y un comercio internacional.

M. L.: ¿Son capaces los países en desarrollo de producir los alimentos que necesita su población?

A. G.: Tienen que ser capaces y seguro que en buena medida lo pueden hacer. Pero en este debate hay muchos elementos sobre la mesa. Primero, no hay libertad en muchos gobiernos. Sobre todo en los países más pobres, los gobiernos no tienen libertad en su toma de decisiones, y más con deudas externas dependientes del BM y del FMI. Desde estas instituciones se les están imponiendo unas políticas en muchos casos dirigidas a la agroexportación, independientemente de sus necesidades internas. Ahí está el ejemplo de Argentina. La libertad de los gobiernos está muy cuestionada mientras tengan una deuda a pagar.

J. L.: El BM y el FMI están ahí, son una realidad, pero sí creo que los gobiernos tienen bastante autonomía de decisión. Otra cosa es que no siempre responden a los intereses de sus pobres. A nadie se le obliga a entrar en la OMC, es una decisión voluntaria, hay muchos beneficios de formar parte de ella y, sin embargo, vemos casos como el de Argentina. Ellos han puesto aranceles a la exportación, que es una medida de soberanía alimentaria. Su argumento es: "Lo que se produce en nuestro país lo queremos para que no nos suban los precios"; pero ha tenido un problema muy importante con sus organizaciones agrarias. Son decisiones soberanas, van en contra de los organismos internacionales y del libre comercio, agravan la crisis internacional, pero, a fin de cuentas, las toman los países. Un país con un potencial productivo impresionante como es Argentina, este año no va a aumentar la cosecha de cereales. Cada uno se equivoca como quiere y toma las decisiones que puede. No comparto la idea de que hay unas organizaciones internacionales que son las culpables de todo. Es mucho más complejo que eso.

A. G.: Estoy de acuerdo, es más complejo. Y sí hay gobiernos que sólo actúan para sus ricos, pero eso significa que, si no están trabajando para el conjunto de su población y admiten que la gente se muera de hambre, su legitimidad está absolutamente tocada. Sin embargo, en la situación actual es muy difícil afirmar que únicamente es responsabilidad de esos gobiernos. No puede pensarse que Europa somos los buenos, ni mucho menos. Europa tiene unas responsabilidades en el concierto internacional muy claras, y tiene unos intereses económicos, tanto como para saber qué hacer respecto de esos países donde puede ser evidente que hay corrupción. No me parece que se esté construyendo una Europa desde los valores sociales, sino desde los mercados, por más que tengamos grandes diferencias respecto de EEUU.

M. L.: Los transgénicos son otra pieza clave de este debate. En un contexto de desabastecimiento de alimentos, ¿pueden ser una solución o constituyen una amenaza?

J. L.: Negarse a hacer uso del avance de la ciencia, por principio, como sucede en este tema, donde se asumen posiciones religiosas, me parece un error histórico. Dicho esto, evidentemente hay que analizarlo con cuidado. El gran problema de los transgénicos es la concentración de esta tecnología en los señores que la han desarrollado y mantienen no el

monopolio pero sí en gran medida su control. Sin embargo, desde un punto de vista técnico, la posibilidad de modificar genéticamente las plantas para adaptarlas a la sequía, producir medicinas y mejorar la nutrición abre un potencial de oportunidades. Hay que ir poco a poco, fomentar una investigación pública, evitar las posiciones dominantes y gestionar el mantenimiento de la biodiversidad. Creo que tenemos medios suficientes para entrar en el mundo de la biotecnología con las precauciones necesarias para nuestros consumidores y para el medio ambiente. Ésta es mi opinión como técnico; la posición de nuestro gobierno y de la Unión Europea es mucho más prudente porque en la población hay una desconfianza hacia los transgénicos. Sin embargo, en un país como España, que es fuertemente dependiente de productos como el maíz y los cereales, suponen nuevas oportunidades. Se trata de un avance tecnológico en el que, tarde o temprano, hay que entrar. No es que se vaya a cambiar el modelo de producción, simplemente puede resolver problemas de escasez de agua, además de mejorar la alimentación. Hay que desarrollar nuevas tecnologías, invertir en I+D, evitar que sea una tecnología monopolizada por las grandes multinacionales... Pero es un avance científico al que no se puede renunciar en un planeta que tiene un montón de retos por delante, como alimentar a toda su población y hacerlo de una manera sostenible.

A. G.: En ningún caso partimos de una posición en contra de los transgénicos por un hecho de catecismo o por estar en contra de la tecnología.

J. L.: No decía que fuerais vosotros.

A. G.: La inmensa mayoría de organizaciones sociales que están en contra (en España son contadas las que defienden los transgénicos) no se basan en cuestiones religiosas. Partimos de un análisis muy claro sobre los organismos modificados genéticamente. Ninguno de los elementos que se apuntan como posibilidades positivas realmente está comprobado. Por otro lado, la mejor agricultura para responder a los retos planetarios es la que tenemos, la más adaptada al territorio, la que ha permanecido. La agricultura que se está imponiendo y que está destruyendo la tradicional sí necesitará de todo (tecnología, transgénicos...) para justificarse a sí misma, porque se está haciendo desde unos intereses económicos, y no sociales, ni desde retos medioambientales o de cambio climático. Además, los transgénicos se están imponiendo sin respetar el principio de precaución, y esto es gravísimo.

J. L.: ¿Dónde no se respeta el principio de precaución?

A. G.: En Europa y en España. En la aprobación de todas las variedades autorizadas no se ha respetado. Estas semillas transgénicas no han pasado por el filtro del principio de precaución.

J. L.: El proceso que conlleva la aprobación de una semilla (por cierto, en Europa hay muy pocas aprobadas frente al resto del mundo, que lleva 20 años cultivando transgénicos)

es complicadísimo. No sólo interviene la parte agraria, también la de los consumidores, la de sanidad, la medioambiental... Precisamente en Europa hay un principio de precaución exagerado.

A. G.: No se ha respetado. Incluso ha habido aprobaciones de transgénicos que se han echado para atrás porque se han visto los efectos sobre la salud humana. Y no hay una investigación pública suficiente acerca de las consecuencias del uso de transgénicos. En segundo lugar, en el cultivo de transgénicos no se respeta a los agricultores ecológicos, que no quieren ver su cosecha contaminada por los cultivos de maíz transgénico, por ejemplo. No está demostrado que haya ninguna posibilidad de coexistencia de producción transgénica con no transgénica. Como agricultor quiero ser libre para producir maíz no transgénico, y es mi derecho no verme contaminado. Si impulsas los transgénicos, la posibilidad de que exista una agricultura sin ellos está en cuestión. Eso es un problema añadido. La otra cuestión es que los transgénicos no vienen desde la investigación pública, desde los intereses de la población. A estas alturas no vamos a santificar a las empresas de la biotecnología, como si investigaran y generasen estos productos por el bien de la humanidad.

M. L.: Compartís que hay que fomentar la investigación desde el ámbito público para evitar el monopolio de las multinacionales.

J. L.: Sí. Comparto que la situación actual no es la deseable, ya que tiene que haber una tutela al tratarse de una tecnología nueva, que entraña riesgos. Pero no se puede demostrar que es absolutamente inocua. Eso es imposible. Y, en la práctica, Europa está al margen, porque produce transgénicos con cuentagotas. ¿Podría haber un principio de precaución más extremo? Probablemente. Pero hay una gran seguridad. Evidentemente, las empresas investigan para maximizar su beneficio. Eso no es ni bueno ni malo, hablamos de señores que han invertido un montón en I+D y ven legítimo obtener unos beneficios. Al mismo tiempo, han tirado de la ciencia para adelante y eso también hay que reconocerlo. Pero la situación, desde luego, es mejorable.

A. G.: Los transgénicos no responden a ningún tipo de demanda humana, directamente tienen que ver con el negocio. Es más, hay rechazo hacia ellos. Y hay un hecho claro: la naturaleza es más sabia que todos los científicos, y en ella no se dan procesos de mutaciones entre diferentes especies. Estamos introduciendo genes entre distintas especies y se desconoce la reacción interna en esos productos. Por supuesto, tiene que haber mayor investigación pública, pero eso significa que se debe parar inmediatamente lo que se está autorizando, porque es una agresión a la naturaleza, a las personas y a la agricultura, que se está dejando en manos de cuatro multinacionales. En Europa, el único país que ha autorizado estos cultivos es España. ¿Por qué el resto de países europeos no los han autorizado?

J. L.: Los grandes defensores de los no transgénicos son Francia y Alemania. Se trata de una medida de protección comercial. Ellos son los principales productores de cereales en Europa, y España, que es un deficitario, se los compra. “Mientras aquí no entren mis competidores, que generan productos transgénicos, el mercado es mío”, dicen. Han jugado a eso; no es que sean buenos y que se basen en una preocupación social. Todo el mundo tiene sus motivaciones comerciales. Francia y Alemania juegan a tener capturado el mercado europeo. Tampoco se puede obviar que hay grandes regiones del mundo que llevan 20 años cultivando transgénicos y no sé de ningún caso de personas que hayan tenido problemas de salud ni de ninguna catástrofe. Con esto quiero dejar claro que se trata de un avance tecnológico, que tiene sus problemas, que hay que investigarlos, que efectivamente hay unas fronteras que van más allá de los cruces naturales entre las variedades y eso requiere una responsabilidad, una precaución. Los avances de la ciencia son así, se cruzan barreras que generan temor y el hombre puede decir “hasta aquí hemos llegado o vamos a seguir investigando”.

M. L.: **La Unión Europea ha anunciado ayudas millonarias para paliar los efectos de la crisis sobre las poblaciones más vulnerables. Pero ¿qué estrategia debe seguir a largo plazo? La PAC, además, genera controversia. ¿Entra en contradicción la política agraria comunitaria con la defensa de la soberanía alimentaria?**

A. G.: La UE debe impulsar una política agraria propia, recuperar el concepto de preferencia comunitaria, hacer una política donde se priorice claramente un modelo de agricultura social, familiar, con una producción sostenible, bien adaptada al medio, con calidad, con salubridad de los alimentos, que genere empleo y economía en lo local. Este es el concepto de soberanía alimentaria. Y, al mismo tiempo, debería impulsar a nivel mundial que los países puedan recuperar esa soberanía alimentaria.

M. L.: **¿La actual PAC fomenta o no la soberanía alimentaria?**

A. G.: La PAC, como ya he dicho, está desembocando en la OMC. Por tanto está renunciando a la soberanía alimentaria. Europa tiene que afrontar qué pasa con la política agraria: primero, las ayudas, como están, no tienen ningún sentido; tiene que reconocerse que hay unos costes de producción y que los precios, mediante la regulación de los mercados, deben cubrir dichos costes. Ésa es la forma más lógica de afrontar un mercado claro y transparente, que beneficie a agricultores y consumidores. En situaciones más difíciles las ayudas sí tienen sentido, pero tienen que servir para compensar mayores dificultades en la producción; en ningún caso pueden servir para ayudar a la exportación ni para facilitar una exportación de bajo precio, que es lo que ha pasado hasta ahora. No tienen sentido las sustituciones ni ayudas que camuflen o que posibiliten esto, ni tampoco las ayudas desacopladas.

J. L.: Originalmente, la política agraria común se parecía mucho más al concepto de soberanía alimentaria del que hablabas. Era una agricultura protegida, totalmente aislada del exterior, donde se fomentaba la producción... Pero estamos en un contexto internacional, la Unión Europea está dentro de la OMC, hay unas disciplinas y lo que tenemos hoy es una PAC reformada, adaptada a los compromisos internacionales y a las sensibilidades de la población. Básicamente, dentro de ese contexto internacional y con ayudas que no son distorsionantes de los mercados, es decir, que no estimulan la producción situando a nuestros agricultores en distintas condiciones de competitividad que en países terceros, ha renunciado a las ayudas a la exportación y ha abierto sus mercados a los países menos avanzados. Además, la PAC intenta mantener una renta de los agricultores y que ellos tomen sus decisiones. Hay unas ayudas directamente a la renta en contrapartida de los servicios que prestan los agricultores a la sociedad, entre los que está, por supuesto, la producción de alimentos, pero también conservar el territorio, entre otras. Nuestra política agraria ha ido respondiendo a los retos que se ha encontrado y lo sigue haciendo. Está en permanente revisión. Claro que se puede mejorar, pero hay que tener en cuenta que es una política para 27 Estados miembros, y ahí cada uno tiene que encontrar su espacio.

Efectivamente, la PAC está condicionada por nuestros compromisos en la OMC, pero no puede ser de otra forma, nos lo exigen nuestros socios comerciales y todos los países en desarrollo. Europa ha hecho sus deberes. En la situación en la que nos movemos, el consumidor europeo prefiera tomarse un filete de rubia gallega, que se produce con todas las garantías y sabe riquísimo, en lugar de un filete que venga de un país tercero. Y lo hace porque lo escoge, no porque hay un arancel.

A. G.: Cada día desaparecen más de 1.000 explotaciones agrarias en Europa y, al paso que vamos, la agricultura familiar no tiene posibilidades. Lo de proteger carne gallega con las negociaciones que está llevando a cabo Europa con Mercosur para, por ejemplo, importar carne de Argentina y Brasil... Está claro que a los precios que producen allí, es imposible producir carne aquí. No creo que tenga posibilidades ni la carne gallega ni otros productos si los precios de producción son los de estos países. Europa no está haciendo los deberes, porque las ayudas desacopladas siguen posibilitando la exportación a bajo precio. Y estas ayudas no son defendibles como se están dando. Más del 80% se lo está llevando un 15%, y sabemos que dentro de ese 15% están la Duquesa de Alba o la Reina de Inglaterra. Esto no tiene ningún sentido.

J. L.: Eso es demagogia...

A. G.: Es muy serio que un 15% de perceptores se lleve un 80% de las ayudas. Y son datos oficiales, no son cuestionables. Eso significa que las grandes ayudas de la PAC las están recibiendo unas pocas personas que ni siquiera son agricultores. Los datos en España son dramáticos en cuanto a quién está recogiendo la mayor parte. No es posible que la pobla-

ción entienda que hay gente multimillonaria que se está llevando las ayudas de la PAC. Aunque sólo fuera por vergüenza, hay que plantear que haya una redistribución distinta.

J. L.: Si adaptamos nuestra agricultura al contexto internacional, evidentemente ya no tendremos unos aranceles mayores, vendrán importaciones terceras y nuestras producciones tendrán que encontrar su espacio. ¿Se puede defender un modelo social de la agricultura? Sí. ¿Cómo lo hace la PAC? Retribuyendo al agricultor por hacer unas funciones. Se le dan las ayudas por producir con unas exigencias medioambientales que no tienen otros y por prestar un servicio a la sociedad. La concentración de las ayudas se debe a lo siguiente: esto es una política sectorial y el origen de las ayudas viene de cuando hemos ido adaptando nuestra política agraria a los compromisos con la OMC. En ese momento se bajan los precios institucionales que se mantenían, y esta bajada se transforma, con los rendimientos, en ayudas por superficie. Eran unas ayudas destinadas a una actividad económica, es decir, parte de una política económica y no social, para mantener una producción.

¿Qué sucede con esos porcentajes que se manejan del 15% y del 80%? Que tenemos un inmenso número de perceptores de ayudas que no son agricultores, que tienen una parcelita y reciben menos de 100 euros al año. Un 40% de los perceptores recibe menos de 10 euros al mes. Por eso los porcentajes salen como salen. No es que los ricos se lleven dinero. Evidentemente, el señor que más agricultura hace, que más territorio gestiona, tiene más ayudas. Pero aquí la gente no se lleva el dinero por ser rica, sino por realizar una actividad, por gestionar un territorio, y la distribución de las ayudas responde a ese criterio. Por supuesto, se puede mejorar incorporando una regresividad y unos nuevos criterios de reparto. Pero hay que explicar de dónde vienen las cosas. En la actual reforma se está valorando el recorte de ayudas a los señores que perciben más y su redistribución. El reparto actual responde a una situación del pasado, pero hay que explicar que no es una irracionalidad y que viene de donde viene.

La alternativa es que no haya ayudas, como piden los británicos. Entonces, sin ayudas ni un cierto grado de protección, sí que no defendemos un modelo agrario en España ni en Europa. Si nosotros, los responsables del sector, decimos que esto es insostenible, vamos muy mal. Nuestra responsabilidad es explicar que estas ayudas tienen una justificación, que es el servicio fundamental que los agricultores prestan a la sociedad.

A. G.: Sí, pero con otra redistribución. Desde luego, los datos revelan que en Europa grandes terratenientes se están llevando la mayor parte. No se puede defender que haya personas que estén cobrando más de 300.000 euros.

J. L.: ¿Sabes quién cobra más de 300.000 euros en España? Agrupaciones de productores. Y los que son ricos van a seguir siéndolo. De momento, los que tienen tierras y hacen actividad agraria cobran ayudas porque proporcionan un servicio, qué le vamos a hacer.

A. G.: No puede justificarse que a la Reina de Inglaterra se la tengan que dar ayudas simplemente porque haga agricultura. Esto no hay forma de presentarlo socialmente en Europa. Así, las ayudas pierden legitimidad.

J. L.: No lo voy a defender, pero eso es un ejemplo extremo. Lo que quiero decir es que las ayudas vienen de una actividad económica. Los grandes empresarios que tienen tierra y hacen una actividad agraria porque hay ayudas y les salen las cuentas, el día que dejen de obtener beneficio dejarán esa actividad y seguirán siendo ricos. La estructura de la propiedad en Inglaterra no depende de las ayudas ni de la PAC. ¿Queremos introducir la cuestión de las ayudas a la Reina de Inglaterra y a otros? Evidentemente, ese debate no lo aguanta nadie. Esa señora no necesita ayudas, pero hay que entender por qué las ha recibido y después añadir: ¿se puede hacer una regresividad y un mejor reparto? Por supuesto.

M. L.: **¿Tiene alguna relación la expansión del modelo de agricultura industrial y el deterioro de la dieta y la salud? El empeoramiento de la calidad de los alimentos y la preeminencia de una dieta con exceso de calorías, junto a unos hábitos sedentarios, han dado lugar a niveles elevados de sobrepeso y obesidad. ¿Qué responsabilidades tienen los Gobiernos en esta cuestión?**

J. L.: El proceso es al revés. La agricultura, tanto la familiar como la agroindustrial, producirá lo que le demande la sociedad. Hoy en día, las producciones se van orientando a lo que demandan los consumidores. Si a la gente le gusta tomar helados que están hechos a base de mantequilla, en lugar de una pieza de fruta, no es una consecuencia del sistema agroindustrial, sino de los hábitos del consumidor. En ese sentido, sí es un problema el tema de la dieta y la salud. Los gobiernos tienen que adoptar medidas para fomentar unos hábitos alimenticios sanos. En España nos estamos alejando de la dieta mediterránea, pero el origen del problema no es el sistema agroindustrial.

A. G.: Imagino que, como consumidores, recibimos todas las influencias de nuestro entorno y de los medios de comunicación y la publicidad. Los hábitos de consumo son cambiantes y cambiables. Por eso se necesitan gobiernos que actúen sobre la sensibilidad y la concienciación de un consumo responsable, pero la agricultura industrial en estos años ha provocado crisis alimentarias, precisamente porque no se ha calculado lo que significaba permitir su impulso sin preservar la seguridad alimentaria. Si vamos hacia ese tipo de agricultura, habrá menor seguridad sobre los alimentos. Como europeos, también caminamos hacia un mayor nivel de riesgos sanitarios por los alimentos que llegan sin controles suficientes en frontera, y sin que en los lugares de origen se haya garantizado que esas producciones tengan que respetar lo que internamente en Europa tenemos que respetar.